

En dicha primera salida, la poesía de postguerra está representada también por Gabino-Alejandro Carriedo y cuatro manchegos. Carriedo, que era de Palencia, había llegado a Madrid en 1947 con la cabeza llena de ideas procedentes de la generación del 98 —era autor de un primer libro titulado *Poema de la condenación de Castilla*— y del neorromanticismo inconformista del grupo de Espadaña, revista leonesa en la que había colaborado. Pronto entró en contacto con los escritores del grupo postista y no tardó en convertirse a su estética. Me lo presentó, estando en su casa, Francisco Nieva. No sé cómo conoció Carriedo a Federico Muelas pero lo que sí recuerdo es que cuando le dije a Gabino que iba a aparecer *Deucalión*, se entusiasmó y me propuso que sacásemos entre Federico, él y yo una revista pagada y dirigida por los tres, que aparecería en Madrid, no periódicamente, sino de vez en cuando. La idea me pareció muy buena porque pensé que, como en efecto ocurrió, ambas revistas se apoyarían y complementarían. *Deucalión* fue la revista “seria”, aunque vanguardista, mientras *El pájaro de paja*, nombre en el que convinimos tras una divertida discusión en la que no tomó parte Muelas pero cuyos resultados dió por buenos, se permitiría alguna que otra pirieta. El primer número de *El pájaro de paja* apareció en Madrid en diciembre de 1950 y su vuelo precedió en tres meses al embarque de *Deucalión*. Como no tenía más de doce páginas y su confección y su impresión eran extremada y queridamente sencillas, lo tuvimos dispuesto en cuatro o cinco semanas, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que fuese una improvisación. Carriedo fue uno de los colaboradores habituales de la revista manchega. Años más tarde, en 1960, sacaríamos él y yo otra, tan comprometida política y estéticamente como permitían las circunstancias, a la que quisimos dar el nombre de *Frente de poesía* pero a la que, habiendo prohibido la censura tan belicista título, hubimos de llamar *Poesía de España*, denominación que tampoco complacía a los censores pero que terminaron por autorizar gracias a la intervención de Federico Muelas. Eran los tiempos del a veces antipoético, pero desde luego fructífero, desconcierto producido por la poesía social, fenómeno que, desde un punto de vista exigentemente moral y estético, trató de dilucidar, y creo que lo consiguió en parte, *Poesía de España*. Carriedo tuvo mala suerte, pues a poco de haber sido reconocido como uno de los poetas clave de nuestra postguerra, falleció repentinamente dejando nadie sabe todavía cuántos poemas inéditos.

Los cuatro nuevos poetas manchegos representados en la primera salida de *Deucalión* somos Sagrario Torres, Fernando Calatayud, Antonio Fernández Molina y yo. Creo que Sagrario no había publicado ningún libro en 1951. Vivía en Madrid, un tanto al margen del mundo literario, si bien muy dedicada a su obra poética. Había cultivado la narración, y recuerdo, además, que alguna vez me mostró unas pruebas de su actuación cinematográfica. En una de ellas aparecía de bata blanca en un laboratorio lleno de probetas y otros instrumentos de cristal. Sagrario se dió a conocer como poetisa en las columnas de “Pensando en Joven” y, como era de esperar, fue considerada en seguida como una de las principales figuras poéticas de La Mancha, de lo que es testimonio el soneto que Alcaide publicó en este primer número de nuestra revista.

Fernández Molina, de Alcázar de San Juan, había pasado su infancia en un pueblecito de la provincia de Guadalajara. No recuerdo cómo entré en contacto con él, pero sí que nos entendimos en seguida, pues ambos estábamos en contra de la poesía, tanto oficial como de oposición, que entonces solía tener más audiencia.